XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

# Resumen Inflación (titulo de la ponencia a definir).

Bellia Cordido Cecilia, Bustos Tomas, Eymann Milena y Laffitte Lucas.

Cita:

Bellia Cordido Cecilia, Bustos Tomas, Eymann Milena y Laffitte Lucas (2023). *Resumen Inflación (titulo de la ponencia a definir). XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/202

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de* acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.




UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE SOCIOLOGÍA

# *Biografías inflacionarias:*

# *Un análisis sociológico del impacto de la inflación en la vida cotidiana*

Septiembre 2023

Cecilia Bellia Cordido

Lucas Laffitte

Milena Eymann

Tomás Bustos

*Biografías inflacionarias:*
Un análisis sociológico del impacto de la inflación en la vida cotidiana.

## 1 - Introducción

Argentina destaca globalmente, tanto en los análisis sobre tiempos recientes (digamos, la última década) como en los análisis que observan procesos de largo aliento (de 1970 a la fecha) por altos niveles de inflación. Se distingue, a su vez, por altos niveles de inflación incluso en ausencia de catástrofes económicas, políticas o climáticas. Si la década del '70 se caracterizaba por tener a la inflación como una cuestión central en múltiples países del mundo, desde hace al menos dos décadas -y hasta la pandemia originada por el COVID-19- que esto se redujo drásticamente y son (somos) pocos los países que conservan este tema como un problema central de sus economías. Particularmente, en nuestro país, las crisis hiperinflacionarias del año 1989 y 1991 guardan un lugar privilegiado en la memoria colectiva y, en simultáneo, el propio presente se ocupa de colocar a la inflación como una preocupación recurrente, actual y sostenida.

Ahora bien, ahondar en el tópico de la inflación resulta una tarea compleja por distintas razones; no sólo existen grandes tensiones entre economistas respecto de qué elementos y en qué medida son determinantes en la evolución de este fenómeno sino que además existe un debate acerca de si es o no área de competencia de otras disciplinas. Particularmente, dentro de la sociología económica se ensayaron distintas corrientes para complementar de manera crítica el enfoque hegemónico ostentado por la escuela económica neoclásica. Construir una teoría que incluya a los sujetos sociales es una búsqueda central dentro de esta interpretación. De esta forma, la introducción de las relaciones sociales como uno de los elementos determinantes en la definición de los precios permite descubrir una serie de aproximaciones novedosas que exceden la observación de series históricas de la evolución de los precios y su relación con otras variables de la economía. El marco de la sociología económica posibilita jerarquizar las vivencias particulares de los sujetos frente al aumento de los precios, su relación con otros actores, las prácticas específicas que desarrollan en éstos contextos y cómo estas mismas prácticas perviven en el tiempo.

Desde una posición de la sociología económica cabe señalar que, a la hora de abordar fenómenos como el inflacionario, no pueden dejarse por fuera las experiencias propias de los individuos, las estrategias que emplean para afrontar la situación, las relaciones sociales que se refuerzan o debilitan y los efectos de la experiencia en la memoria y subjetividad de las personas, entre otros elementos. La inflación (en el mundo en general y en Argentina en particular) no se agota en un problema del análisis macroeconómico sino que es a la vez un problema en la cotidianidad de las personas, en sus proyectos de largo plazo, en su

comprensión del propio fenómeno. Por eso no alcanza con dar cuenta de sus causas en un sentido estrictamente económico sino que se vuelve indispensable observar su impacto en las vidas / biografías de las personas. Contrario a las concepciones hegemónicas de la economía como ciencia exacta y/o como campo extra-ordinario, pensar desde la Economía Política supone comprender que se trata de un gran campo en disputa, y que cada uno de los actores que entran en juego se ve afectado -o no- según su posición.

Es por esto que en esta ponencia nos propusimos analizar los regímenes de alta inflación a partir de la experiencia de los individuos. Para dar cumplimiento a este objetivo, se trabajó con una serie de 21 entrevistas realizadas a personas mayores de 35 años enfocadas principalmente en dos momentos a saber; la hiperinflación de 1989 y la crisis de 2001. La metodología utilizada fue cualitativa, enfoque que se interesa por la forma en que el mundo es comprendido, experimentado y producido por los sujetos, permitiendo recuperar su perspectiva, sentidos, significados y experiencias (Flick, 2007; Glaser y Strauss, 1967; Vasilachis, 2006). La técnica de recolección fue la entrevista en profundidad cuyo desarrollo se enmarcó en el contexto de la materia *Políticas Económicas en el Periodo Democrático* (cátedra Aronskind-Guimenez) durante el segundo cuatrimestre de 2022 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. No obstante, cabe resaltar que las entrevistas no fueron confeccionadas únicamente para extraer percepciones sobre inflación y, por lo tanto, lo que veremos es un ejercicio de selección e interpretación de las partes de los relatos relativas al tema que nos compete. Asimismo, cabe señalar que la muestra no fue elaborada con un criterio *a priori* ya que cada uno de los estudiantes la realizó a quien consideró pertinente o accesible. Las entrevistas tampoco fueron estructuradas, es decir, no contaron con una guía de preguntas predefinida ya que se priorizó el relato de cada entrevistado. De esto se deduce que la muestra no pretende representatividad y, por lo tanto, nos centraremos en profundizar en los relatos. De la lectura y codificación de las fuentes surgieron 18 códigos a partir de los cuales se procesó la información. Luego, se reagruparon dichos códigos en ejes temáticos más abarcativos, los cuales dieron lugar a los distintos apartados que conforman la ponencia. La estructura del análisis de datos se conforma como sigue: en un primer apartado, se abordaron los efectos del fenómeno inflacionario en la vida cotidiana de las personas; sus consumos, su trabajo, su calidad de vida general. Un segundo apartado centra la atención en las estrategias defensivas de los entrevistados frente a la afectación que supone la inflación; qué hacen para hacer frente a la situación, qué lazos se refuerzan y cuales se vuelven tensos. En estos dos primeros apartados se prestará especial atención a la diferencia de experiencias según la extracción social de los entrevistados. Por último, se presenta un apartado relativo a los aspectos más subjetivos del proceso como por ejemplo; las representaciones sobre los procesos inflacionarios en general, las responsabilidades señaladas (o no), los efectos del trauma

inflacionario a largo plazo. Estos apartados buscarán abordar los distintos ejes planteados en el resumen del trabajo: a) el impacto inflacionario en las emociones y en la vida cotidiana b) las conductas sobre el consumo y las estrategias de grupos sociales para hacerle frente a la subida de precios c) las representaciones y causalidad atribuídas por parte de los entrevistados a la inflación

## 2 - Análisis de entrevistas

### 2.1 - Cuando *la plata se derrite en las manos*: el efecto inflacionario en la experiencia vital

Un eje analítico de relevancia que encontramos en el trabajo de campo, que no por elemental es menos interesante, es cómo afecta el régimen de alta inflación -y la hiperinflación en particular- a la organización del hogar: el gasto cotidiano de transporte, la compra de productos esenciales, la planificación para dos semanas de vacaciones o cubrir los gastos mensuales de la familia con el salario (lo que llamaríamos *llegar a fin de mes*). Trabajar con la diversidad de relatos permite ver el punto común de desorden, imprevisibilidad y desesperación que caracterizó al fin de la década del ‘80 en Argentina. La imagen de “la plata que se derrite en las manos” (Hombre, 65 años) marca el pulso general del relato de las entrevistas; un pulso general que si bien resulta compartido, no deja de tener su especificidad. Si bien se puede identificar una sensación general de angustia, no resulta del todo equiparable la sola sorpresa frente a los aumentos de precios con los casos en los que a esa sorpresa se le suma la preocupación de no saber si el sueldo iba a ser suficiente o no ese mes para comprar alimentos básicos. Como ejemplo de esto último, un entrevistado relata: “Los precios cambiaban en algunos productos, eh, tres veces por día, he visto amas de casa llorar en el almacén” (Hombre, 49 años). Asimismo, es interesante el testimonio de uno de los entrevistados, quien recuerda en primera persona su angustia de aquel momento:

> Era constante la preocupación de los precios, todo aumentaba. Recuerdo eso, la preocupación de mi mamá y mi papá por no saber si iban a poder comprar para comer… era tremendo, un nivel de incertidumbre... Eso es lo que más recuerdo… la incertidumbre de mis viejos por no saber si iban a poder darnos de comer (Hombre, 46 años).

Otros entrevistados, por su parte, recuerdan situaciones menos críticas, pero no por eso menos dramáticas: “Me acuerdo de que iba a cargar nafta a la tarde cuando salía del trabajo, y había aumentado al doble que el día anterior” (Hombre, 59 años).

> Respecto a esto de los precios que aumentaban día a día, yo me acuerdo que había empezado a estudiar veterinaria en la Universidad de La Plata y me tomaba la Costera Criolla para ir hasta allá. El pasaje ponele que valía 100 pesos, entonces yo salía con 200 pesos de mi casa, para ir y venir. Y me acuerdo que un día llego a la parada y de un día para el otro había aumentado a 150 ponele y yo dije ¿y ahora? (Hombre, 52 años).

> Yo lo que me acuerdo es que iba una vez por semana a Coto a hacer las compras para toda la semana, la familia era muy numerosa y comía como lima nueva. Un día entro al supermercado e iban adelante mío -yo llenaba dos carros siempre- iban remarcando los precios a medida que yo iba comprando, se me adelantaban. Iban remarcando y en un momento dado me volví loca, dije yo no puedo seguir comprando, esto me supera. Agarré el carro, lo tiré a la miércoles y me fui (Mujer, 84 años).

El primer episodio hiperinflacionario sucede en el segundo trimestre del año 1989. La falta de divisas en el Banco Central de la República Argentina (BCRA) provoca el retiro del gobierno del mercado cambiario y la consecuente depreciación del austral. El traslado a precios locales se corona con un pico de casi 200% en la tasa de inflación mensual de julio. La incerteza sobre qué poder de consumo iba a tener el dinero al día siguiente es una imagen recurrente en los relatos. Los cambios de precios eran abruptos incluso dentro del mismo día y los negocios ensayaban modificaciones en la venta de productos, como vender productos sueltos. “La cosa ya venía muy mal; era de ir a comprar hoy una cosa por cinco y a la tarde estaba siete. Donde, bueno, los almacenes, por ejemplo, vendían aceite suelto, empezaron a vender cosas sueltas, porque era imposible comprar…” (Mujer, 63 años).

> La hiperinflación fue terrible. Vos salías a comprar una leche a la mañana y salía un peso, a la tarde dos, a la tardecita 3, a la noche 4 y al otro día cuando te levantabas ya salía 5. No había plata que alcance… no sabías cuánto ibas a gastar al otro día (Mujer, 58 años).

Es curioso subrayar cómo en las narraciones la experiencia aparece atomizada, con una primacía del registro individual o sus vínculos familiares directos. Por otro lado, pese a que la incertidumbre aparece en todos los relatos, también salta a la vista la *heterogeneidad* manifiesta de las experiencias con la hiperinflación, con impactos diferenciales en los consumos. Por caso, hay testimonios que narran una desorganización de sus vacaciones mientras que otros se alegran de poder comprar comida:

> Ibas al super y todo aumentaba, no había precio de nada, precio absolutamente de nada, todo de un día para el otro era otro precio. Nosotros, recuerdo bien que nos habían prestado una casita en Mar de Ajo y nosotros fuimos una semana con una X cantidad de plata para esa semana, y a los 3 días ya esa plata no valía nada (Mujer, 64 años).

> Yo además del día a día, que necesitaba comer, tenía dos criaturas. Uno de mis hijos tenía dos años y el otro era recién nacido y había que comprar los pañales… que eran importados los descartables. Era imposible comprarlos, volvimos para atrás con los pañales de tela… imaginate. Fue todo así… volver a la polenta, al arroz con menudos… y gracias que nosotros podíamos comer. Fue duro, muy muy duro, la hiperinflación fue terrible (Mujer de 59 años).

En otras palabras, la inflación no es igual para todos y todas. Esto es una verdad de perogrullo cuando comparamos las clases sociales económicamente más poderosas con las clases populares. Lo novedoso del análisis se encuentra en la heterogeneidad de la vivencia entre personas de sectores sociales cercanos, o incluso de un mismo sector social.

Provisoriamente podemos postular que las causas que explican una mejor o peor suerte frente a la inflación de sectores socialmente similares es: a) La posibilidad de definir sus propios ingresos (diferencia entre asalariados y profesionales cuentapropistas o pequeños empresarios) b) La red vincular que soporte a las personas entrevistadas y sus responsabilidades asumidas (personas con cuidado a su cargo, hijxs, etc.). Retomaremos el aspecto de las redes vinculares en el apartado siguiente.

Con respecto a la primera causa postulada, podemos tomar como ejemplo el de una entrevistada, psicóloga de profesión, que debe, semana a semana, aumentar los honorarios para sostener su poder de compra. En suma, observamos que el registro específico del interior de cada hogar prima ante otros registros (interpersonales, públicos, colectivos):

> Y después, algunos pacientes que también empezaba a tener. O sea, no ganaba tanto y bueno además que, cuando le cobraba a un paciente y le decía el honorario, al venir a la sesión la semana siguiente había triplicado. Era terrible [con lo que cobraba una semana] ya la semana siguiente podía comprar lo minimo con eso (Mujer, 63 años).

En línea con lo anterior, detectamos en el relato que cuando aparecen vínculos sociales mediados por el uso del dinero, estos van fuertemente acompañados de las emociones

negativas que venimos caracterizando. Las relaciones sociales se presentan teñidas por la dificultad precedente, atravesadas por la individualidad de la responsabilidad de hacer frente a la situación. La tensión vivenciada entre el comerciante y el consumidor al momento de la remarcación es un momento recurrente en los relatos que escenifican relaciones interpersonales:

> Pero sí recuerdo que la economía familiar se resintió porque bueno, era esto de que constantemente ir a comprar y que los precios aumentaran y el clima que se vivía cuando ibas a comprar era denso porque el tipo te tenía que decir un precio más alto y porque vos también te ponías mal y nos íbamos quejando (Mujer, 55 años).

En las entrevistas notamos cómo las percepciones negativas, relativas a la angustia de la situación del hogar, se entrelazan y refuerzan con sensaciones sobre la gestión gubernamental, tanto en la específicamente económica como en otros aspectos más o menos relacionados. Por un lado por ejemplo, es reiterada la referencia al episodio de la importación de pollo entre 1986 y 1987 por parte de la Secretaría de Comercio Interior para la reducción de la inflación, que generó controversia por la descomposición de una porción de la mercadería antes de poder ser consumida. También emerge en reiteradas oportunidades, ya con menos vinculación directa al *drama de los precios*, referencias a la tensión y conflictividad política que mantenía el Poder Ejecutivo con las Fuerzas Armadas. “Había una amenaza más grave, que en ese momento la gente le tenía mucho miedo, que eran los levantamientos militares. La gente sacrificaba otras cosas con tal de que no pasara de vuelta lo mismo” (Mujer, 64 años)

> [Era] constante la preocupación de los precios (...) más la angustia por los milicos, los carapintadas… También me acuerdo del escándalo de los pollos! de eso también me acuerdo. Después revisando lo que había pasado entendí… había una especulación con los precios y fue como una estrategia que bueno salió mal, el tipo renunció me parece (Hombre, 46 años).

Llama la atención cómo todo se presenta como parte de una misma sensación, de un mismo momento emocional que signa de manera casi determinante el recuerdo de la época.
En esta primera parte entonces abordamos las percepciones y efectos más inmediatos del aumento de precios en la cotidianeidad de los entrevistados. Se destaca la angustia, el desorden y la desesperación como sensaciones preponderantes ante la incertidumbre generada por el aumento de los precios. A partir de este análisis destacamos algunos

elementos que nos parecen de relevancia: en primer lugar y como ya se señaló líneas arriba, el registro específico del interior de cada hogar prima ante otros registros, el padecimiento ante la situación aparece individualizado en cada hogar y las narraciones se desenvuelven en torno a la dificultad de cada familia. En segundo lugar, pese a la sensación general de incertidumbre, al analizar en profundidad las entrevistas se veía con claridad la heterogeneidad de las experiencias vividas en la inflación, heterogeneidad principalmente producida por la capacidad de los sujetos de determinar sus ingresos, y por las redes sociales que los sostienen. Sobre esté último aspecto profundizaremos en el apartado siguiente.

### 2.2 - De la especulación al autoconsumo: Estrategias sociales defensivas contra la inflación

Como hemos expuesto en el apartado anterior, una de las primeras observaciones que surgen del análisis de entrevistas en la experiencia hiperinflacionaria del año 1989 es la enorme heterogeneidad de la experiencia social vivida. Teniendo en cuenta esto, dentro de este segundo apartado intentaremos dar cuenta de las estrategias que los distintos agentes y grupos sociales se han dado para sobrellevar la aceleración descomunal de los precios. En principio debemos decir que dentro de las entrevistas se registra uno de los efectos sobre el consumo previsibles por la teoría económica, su aumento. Debido a que los precios suben descomunalmente, y sin un ancla de referencia que permita predecir su recorrido, los agentes en el mercado intentarán deshacerse de todo el efectivo que tengan en sus manos cuanto antes:

> A mí, en lo personal, no me iba tan mal, porque nosotros cobrábamos en dólares y el dólar siempre fue el dólar en este país, siempre mantuvo su valor… de todos modos, yo no cobraba en dólares, sino que cobraba un equivalente a dólares en pesos, entonces yo lo recibía en pesos, por lo cual, como todo el mundo, salía a reventar los pesos (Mujer, 58 años).

La otra cara de la moneda predecible de este comportamiento, y debido a la licuación de los ingresos de los sectores asalariados, es el desmoronamiento del ahorro. El aumento brutal de los precios incluso puede funcionar como un incentivo para vender reservas de valor como las propiedades inmuebles.

> Yo recuerdo eso, gente que especulaba, gente que se hizo de mucho dinero, gente que vendió su casa que en ese momento valía 1 millón de dólares, no podía nunca la casa valer eso, y gente que se arriesgó y dijo ´vendo todo y me

guardo los dólares´. Pero bueno, esa gente no le hizo mal a nadie (Hombre, 65 años).

Retomando la lectura neoinstitucionalista de Llach (1988)[1], creemos que este incentivo se produce debido al efecto del *agio institucional* que conceptualiza este autor. Es decir, como producto de la incertidumbre en el sistema de precios "las personas intentaran cobrar un precio más alto que el normal para llevar a cabo cualquier contrato (…)" (Llach, 1988: 11). Por otro lado, el desgranamiento del salario producto de la inflación genera la restricción de algunos consumos para privilegiar otros que se consideran menos prescindibles. Este tipo de estrategia de regulación del consumo propio puede tomar ribetes particularmente dramáticos: "vivía sola y alquilaba sola... en Palermo, cerca del Botánico... o pagaba el alquiler o comía. Entonces decidía que no comía, porque si no, no tenía donde vivir" (Mujer, 64 años). Por el lado de los ingresos, y como mencionamos en el análisis del apartado anterior, los sectores asalariados que deben esperar las negociaciones paritarias para ver aumentar sus ingresos están en una situación de clara desventaja frente a los sectores y agentes que venden servicios o mercadería, y que, por lo tanto, pueden aumentar sus ingresos de forma inmediata subiendo los precios de sus productos, sean cuentapropistas profesionales[2] o pequeños empresarios. Pero incluso para algunos de estos últimos era una situación compleja "se negociaba el precio todo el tiempo… no era tan fácil. Digamos, si vos tenías previsto ganar diez terminabas ganando cinco (...) como a cualquiera, nos afectaba, lógicamente…" (Hombre, 86 años, empresario PYME).

Hasta aquí hemos visto los efectos generales que ha tenido la aceleración de los precios sobre los ingresos, el consumo, el ahorro y la administración del hogar. Todos estos son efectos que están inscriptos y son percibidos por el sistema de intercambios de la economía formal. Sin embargo, como también señala Llach (1988), uno de los efectos de una hiperinflación es la eventual descontratación, es decir, que no se realiza ningún tipo de intercambio dentro de la economía formal y monetaria. En las entrevistas no falta la

[1] La hipótesis que propone Llach desde esta perspectiva es que el debilitamiento de las instituciones jurídicas conduce a un desequilibrio en el sistema de precios, embarrandose con una vieja discusión en la economía y las ciencias sociales acerca de las causas de la inflación. En este trabajo no nos interesa la discusión de las causas y sólo retomamos los conceptos que refieren a los *efectos* de la inflación sobre la sociedad.

[2] Vale la aclaración que aquí nos referimos a cuentapropistas formales y profesionales, quienes damos por supuesto que proveen servicios más valorados dentro del mercado en la relación precio/hora de trabajo (psicólogos, kinesiólogos, abogados etc). Diferente es el caso, y aquí no haremos análisis, de los cuentapropistas informales y no profesionales ubicados en rubros más desvalorizados en el mercado, sobre todo la construcción (peones,albañiles, plomeros, gasistas, etc). Para dar cuenta del impacto específico sobre este sector, y si se puede extender el análisis de los otros sectores que definen sus precios, sería necesario trabajar con entrevistas a esos actores, algo de lo que no disponemos en el escrito presente.

economía de especulación, uno de los “síntomas típicos de la erosión de la base contractual en su fase de descontratación” (Llach, 1988: 13).

> Había un desbalance y la gente especulaba también. Yo tenía una compañera del hospital, que lo contaba como una cosa graciosa en el *break* del hospital, el novio tenía una estación de servicio, sabía que mañana aumentaba, hoy no te vendía, ni ayer te vendía. (...). Entonces a los 2 días te vendía la nafta, que él ya había comprado, al precio nuevo. Hizo fortuna. Esa gente especulando hizo mucho dinero, mucho dinero, cuando los demás nos estábamos muriendo de hambre (Hombre, 65 años).

Llegados a este punto, el análisis cualitativo de las entrevistas nos permite observar un efecto, o una respuesta a la crisis económica que hasta ahora no había aparecido. Nos referimos a que los agentes y los grupos sociales, a la hora de hacerle frente a un contexto de crisis y aumento de la incertidumbre en los vínculos sociales mediados por el dinero, tienden a reforzar los lazos sociales inmediatos que les proveen más confianza. En términos de Marck Granovetter (1973), se refuerzan los vínculos fuertes.

> Con la hiperinflación la plata alcanzaba cada vez menos y tenía que pedirles cada vez más ayuda a mis papás para bancarme, y para ellos también era complicado porque en mi casa las cosas tampoco estaban muy bien a nivel económico. (...) En ese momento, con mi plata, no me alcanzaba ni para comprarme ropa, darme un gusto, salir con amigas, ni siquiera para pagarme el colectivo y los almuerzos y comidas… Todos esos gastos me los bancaban mis papás. Mi plata la destinaba toda para pagar la facultad: yo cobraba, sacaba la plata e iba directo a depositarla en la facultad (Mujer, 53 años) .

Por otro lado, como es de esperar, la contracara del reforzamiento de los vínculos primarios es el efecto opuesto sobre otros vínculos más lejanos donde la incertidumbre reduce los intercambios y aumenta la desconfianza, lo que se traduce en un clima de tensión generalizada, que también hemos mencionado en el apartado anterior:

> Y era salir de ahí e ir primero a llenar el tanque de nafta, y después ver qué se podía hacer con el resto de plata. El clima general… estábamos todos muy, muy… había un clima de una tensión general, porque efectivamente se veía que se iba todo a la mierda, y se estaba yendo toda la mierda, y se veía que

> Alfonsín no estaba pudiendo con eso, que no iba a poder frenarlo (Mujer, 58 años).

Las entrevistas muestran que el reforzamiento de los vínculos fuertes de mayor confianza permitía elaborar distintas estrategias conjuntas para afrontar materialmente la economía de los hogares y las familias, reduciendo los márgenes de incertidumbre cotidiana. Estas estrategias podían ir desde el compartir los gastos que se debían afrontar, “El que tenía plata pagaba. Era así. Por ejemplo, había que pagar la tarjeta, a mí me alcanza, ¿la tenes vos? pagá vos. O hay que pagarle a Bety, bueno. No había ningún tipo de organización para quien paga” (Mujer, 66 años). Hasta la organización de un incipiente trabajo doméstico orientado al autoconsumo; “Bueno, no sé, me arreglaba. Al nene nunca le faltó nada. Siempre prioricé al nene. (...) la ropa se la hacía yo a mi hijo (:..) Tejía, les hacía a los chicos, a mi sobrino, a todos” (Mujer, 63 años). Sea como sea, se trata de cómo el efecto de la descontratación en la economía condujo al refuerzo de los lazos sociales (cara a cara) que no están mediados por el dinero, y que, por ende, generan mayor certidumbre y confianza.

Por último, vale la pena mencionar que, si bien en general este reforzamiento de los lazos sociales más cercanos fueron al nivel primario o familiar, esto no excluye otros lazos sociales cercanos que generen confianza y permitan encontrar nuevas estrategias de organización de la economía personal y familiar. Dentro de las entrevistas hemos encontrado un caso donde se refuerza el grupo profesional atravesado por vínculos de amistad o compañerismo:

> Por eso, empecé a ver cómo hacer para ganar más plata; empecé a tener alumnos particulares, y también empezamos a organizarnos con los compañeros de la facultad, que también trabajaban, para ver si desde la facultad podían tener alguna consideración a nivel económico con los que estábamos laburando para pagarnos los estudios (Mujer, 53 años).

El dinero, en tanto equivalente general, y el sistema de precios permiten el intercambio y la vinculación entre distintas personas que no se conocen entre sí personalmente ni íntimamente. Frente al desconocimiento del otro, la estabilidad de precios es el medio que nos da la certidumbre necesaria que forja cualquier relación social duradera. El contexto inflacionario o hiperinflacionario no es otra cosa que la destrucción, o la erosión de ese sistema de precios, y usando nuevamente la terminología de Llach, la erosión de la base contractual. El medio que permitía vincular la suerte y los intercambios de distintos grupos y

clases sociales se deteriora notablemente, lo que hasta ahora nos permite ver dos consecuencias inmediatas en el plano social:

1) La desvinculación de la suerte de ciertos grupos con respecto a otros, lo que se refleja en la relativa heterogeneidad en las experiencias de la hiperinflación. Mientras algunos debían racionar el alimento de cada día, otros, mejor posicionados, amasaron fortunas en poco tiempo. Esta situación contrasta, en la memoria, con otras épocas donde la suerte de los grupos sociales se encontraba emparentada.
2) El reforzamiento y apoyo de las personas sobre los vínculos sociales más fuertes donde prima el intercambio cara a cara. Los vínculos personales (sean familiares, profesionales, etc) aportan la confianza que los vínculos mediados por el dinero han perdido producto de la inflación.

En parte, estas dos consecuencias se retroalimentan o están conectadas entre sí, debido a que en parte la posibilidad de surfear la ola inflacionaria, o ahogarse en ella, depende de las redes y vínculos sociales fuertes que los sujetos tengan para fortalecer y organizarse frente a la incertidumbre, además de, como dijimos en el primer apartado, la posibilidad de definir los propios ingresos (en relación a las diferencias entre los asalariados y cuentapropistas profesionales o pequeños empresarios).

### 2.3 - Entre los que *se quedaron en intenciones* y *los corruptos*: Representaciones sociales y responsabilidades sobre la inflación

Hasta aquí hemos abordado el fenómeno inflacionario en sus efectos más “inmediatos” si se quiere, las emociones del momento, el impacto en el consumo, las estrategias defensivas, y las redes sociales. Pasemos ahora a observar elementos del plano más bien interpretativo. Tal como se planteó al comienzo del trabajo, resulta de interés observar no sólo el impacto inflacionario en las conductas y las emociones de los entrevistados (lo que líneas arriba denominamos “inmediatos”), sino también sus representaciones.

En los apartados precedentes se señaló la heterogeneidad de las experiencias relatadas. No obstante, a pesar de que existen algunos entrevistados que reconocen su situación privilegiada o no tan crítica, ninguno se piensa a sí mismo como beneficiado por el proceso inflacionario. Podría decirse que en mayor o menor medida, todos reconocen haber sido perjudicados por la crisis hiperinflacionaria del ‘89. Pero si como se afirmó al comienzo del trabajo la economía es un terreno en disputa, cabría preguntarse si los ‘80 fueron una década “perdida” para todos. Hipótesis sobre la que van a trabajar Ortiz y Schorr (2006).

Tal como plantean estos autores, el pacto en el que incurrió el gobierno de Alfonsín con el nuevo poder económico posdictatorial condicionó la política económica, sentando las bases para que el ajuste económico recayera sobre los sectores populares y fracciones más débiles de la burguesía. Por ejemplo, los autores señalan que el Estado no sólo se encargó

de gran parte de la deuda externa de los grandes grupos económicos sino que además, aportó divisas -a través del endeudamiento- que posibilitaron la fuga de capitales de las fracciones capitalistas líderes de la economía doméstica. Este problema/negocio de la deuda también ha sido estudiado por Basualdo (1999), para quien la crisis hiperinflacionaria de 1989 "*no se originó en la contradicción principal entre el capital y el trabajo que operó durante esa década, sino en las disputas que se desarrollaban dentro de los propios sectores dominantes*" (Basualdo, 1999: 33). Siguiendo al autor, los costos de esta crisis provocada por las disputas entre las distintas fracciones de los sectores dominantes fueron pagados por el resto de los sectores sociales. En esta misma línea, Schorr y Ortiz (2006) proponen desarmar la concepción de los '80 como una "década perdida" y pensar en sus "ganadores" y "perdedores". Dentro del primer grupo incluyen a un número reducido de actores económicos que se expandieron de forma significativa. Dentro del segundo, como "*contracara de la exitosa performance de los actores locales del bloque de poder económico*" (Ortiz y Schorr, 2006: 26), los sectores populares en general y los asalariados en particular. Como era de esperar, un "ejército de reserva" abultado y creciente, una mayor precarización y segmentación del mercado de trabajo y el régimen de alta inflación que imperó durante la "década perdida" trajeron aparejado un profundo deterioro en el poder adquisitivo de los salarios y, asociado a ello, una redistribución regresiva del ingreso nacional de magnitudes considerables (Ortiz y Schorr, 2006: 27).Esta distinción que realizan los autores no aparece en las entrevistas, sólo una de las entrevistadas reconoce "ganadores" en términos similares a los de Ortiz y Schorr (2006), por eso dota de responsabilidad al gobierno:

> En ese momento la verdad que mi enojo era con el gobierno, porque vos decías cómo puede ser que no puedan parar que cuatro delincuentes hagan lo que quieran, porque no puede ser que no vayan para la infracción. Era una cosa de locos, tenía que haber alguien que lo controle. Si no lo hace el gobierno, ¿quién lo va hacer? (...) [Esos cuatro vivos eran] las cámaras empresariales, que eran todos los oligarcas que manejaban todo, porque lo del campo no es de hoy. Lo que pasa con el campo terrateniente fue toda la vida (Mujer, 63 años)

En el resto de entrevistas -ya sea por omisión o desconocimiento- no hay mención a estos actores. También hay una diferencia en cuanto al rol del gobierno en el período. Una entrevistada, por ejemplo, afirma: "no pudo arreglar lo económico, bueno tampoco me parece echarle tanto la culpa porque pobre hombre ¿qué podía hacer en 4 años después de 20 de desastre militar?" (Mujer, 64 años). Por su parte, otro sostiene: "creo que se quedaron

en intenciones digamos, y en imposibilidades porque bueno le jugó en contra el poder real…" (Hombre, 57 años). En esta misma línea, un entrevistado explica

> [en ese momento no decía] "este gobierno de mierda" porque "el tipo tuvo que enfrentar a los milicos, que eran muy fuertes, era el Partido Militar (...) A ver, en su momento habré puteado porque me habrá ido mal, pero en el fondo yo siempre lo apoyé al tipo porque el tipo tenía que luchar contra los caras pintadas, que lo volvían loco" (Hombre, 86 años)

Su pareja coincide, por eso afirma que para ella "Alfonsín es fantástico por más" (Mujer, 84 años). En resumen, al recordar los '80, la gran mayoría de los entrevistados omite a los actores del poder económico y reivindica al gobierno en general y Alfonsín en particular.
Tal como se adelantó, las entrevistas versan no sólo sobre el período de la hiperinflación de 1989, sino que también reconstruyen la experiencia de la crisis de 2001. En ese apartado en particular cabe destacar un elemento: esa reivindicación del gobierno a pesar de la situación económica que aparece para los '80 no aparece en el caso de los 2000. Al hablar de la crisis del 2001 se encuentran comentarios como: "[los políticos] jamás trabajaron para nosotros. La idea era llenarse los bolsillos y mandarse a mudar" (Mujer, 62 años), "(...)hubo mucho ladrón en Argentina. Que derivaron fondos para cualquier lado menos para donde correspondía. Era un tema de prioridades, de corrupción" (Mujer, 63 años). También se distinguen comentarios comparando los '80 y la actualidad, "no había corrupción como hay ahora, no había" (Mujer, 50 años) y comentarios referentes a la actualidad, "ahora kirchneristas o antikirchneristas, en lugar de todos pensar en el país" (Mujer, 64 años).

> Los políticos están todos en offside con la gente. Creo que ha habido mucha corrupción, que se han hecho mal las cosas. Pero desde hace mucho. Como que cada uno que llega al poder busca deshacer todo lo que hayan hecho los anteriores, no importa que esté bien o mal, solo deshacer, y así nunca avanzamos. Es muy triste. (Mujer, 58 años)

Se identifica entonces una marcada diferencia entre los '80 y los 2000 respecto de la interpretación del rol del gobierno en particular y la política en general ¿Cómo se explica esto? ¿Qué sucedió entre la hiperinflación y los 2000? Sin pretensión de agotar estos interrogantes, podemos ensayar una respuesta teniendo en cuenta la complejidad de la década que sucedió entre ambos momentos: Los noventa. Para Levit y Ortiz (1999), la anomia generada por la incertidumbre inédita vivida durante la crisis hiperinflacionaria configuró una "tabula rasa" sobre la cual operó rápidamente el shock neoliberal. A pesar de

lo destructivo del plan de convertibilidad para con la estructura productiva y economía argentina, fue exitoso al frenar -al menos por unos años- el gran drama: la inflación. La estabilidad de precios resultaba sorprendente para la mayoría de los argentinos, quienes la consideraban un "un bien preciado que debe cuidarse" (Schvarzer, 1998:169 ). "Yo lo veía positivo, porque la gente tenía plata en el bolsillo, compraba…" (Mujer, 64 años). "Si bien nunca me gustó el peronismo valoré mucho la estabilidad de precios (...) se lograba cierta paz y certidumbre en todos los sentidos" (Mujer, 71 años)

> [Yo esperaba] un cambio económico, algún ajuste económico, algo que hiciera, que se frenará esa inflación. Y ahí implementó el Plan de la Convertibilidad. Pasamos a vivir en dólares, éramos uno a uno. Era un sueño, que dura lo que un sueño. Para nosotros, además, que exportábamos, fue como glorioso el principio de eso (...) a nivel general, todos sentíamos que teníamos una capacidad de gasto… bueno, fue la famosa época en que todo el mundo viajaba, y deme dos, Miami, pizza con champagne… (Mujer, 58 años).

Si bien podría discutirse que se haya tratado de una sensación de "todos" como dice el entrevistado, efectivamente había otro clima de época. Lo Vuolo (2001) explica que la recuperación del poder de compra debido a la caída del impuesto inflacionario redujo la dimensión del problema. En esta misma línea, Aronkind (2007) plantea que incluso para aquellos que no fueron beneficiarios directos del esquema, fue importante la obtención de créditos para vivienda, para la compra de automotores y otros bienes. "Para los asalariados que lograron mantener sus puestos de trabajo, la etapa de la convertibilidad representó cierta mejoría con relación al período anterior, muy marcado por la elevada inflación, y el deterioro sistemático del salario" (Aronskind, 2007: 2). En las entrevistas trabajadas, aparece un tema recurrente a la hora de hablar de los '90: el ahorro. "Con la convertibilidad yo pude ahorrar y viajar (...) vos fijate todo lo que pudimos hacer: pudimos casarnos, hacer fiesta, viajamos de luna de miel a Europa y pudimos tener nuestra casa propia. Hicimos todo" (Mujer, 53 años). "Yo me acuerdo que todos los meses, una parte, como un tercio ponele del sueldo iba a ahorro. Así, era mucho lo que se ahorraba. No era un puchito, era mucho lo que ahorrábamos y lo metíamos en el banco" (Hombre, 52 años). "Había una capacidad de ahorro para poder pagar los préstamos y comprar y que se yo" (Hombre, 65 años)

Otro de los elementos característicos de los '90 que cabe destacar fue el creciente desprestigio de la actividad política, "el menemismo significó, entre otras muchas cosas, un proceso de degradación de la función pública como actividad vinculada al bien común" (Aronskind, 2007: 3). Esto se dió no sólo por los niveles de corrupción del gobierno

menemista y las consecuencias de su gestión, sino además -y fundamentalmente- por el "silencio demagógico" posterior por parte del espacio político en referencia a la gravedad de la situación económica en la que se encontraba el país. Para Aronskind (2007), el abandono por parte de los partidos de su "función docente y formadora de opinión" fue característica de la evolución del sistema político. Así, la circulación de las ideas quedó en manos de los medios de difusión y la explicación de los fenómenos en manos de los saberes convencionales y hegemónicos. Lo Vuolo (2001) define el Plan de Convertibilidad como un arreglo institucional que impuso en Argentina los dogmas de la "competitividad guerrera del saber convencional" (Lo Vuolo, 2001: 45), y dentro de las explicaciones que brinda a la hora de comprender el fenómeno señala: "la anomia social derivada de la hiperinflación, concentración de poder político, traslado de problemas en el tiempo y hacia espacios más alejados de la administración pública, promoción de una cultura acorde con los postulados del saber convencional, complicidad de medios de comunicación en la difusión del discurso hegemónico, entre otros" (Lo Vuolo, 2001: 47). Uno de los entrevistados, por su parte, define los '90 como un momento de quiebre: "(...) la división por ingreso en la sociedad se empezaba a notar. Para mí en los 90 se rompió algo que había en la sociedad argentina, que era un entramado más o menos solidario" (Hombre, 49 años).

Tras este análisis del plano más bien subjetivo de las experiencias de los entrevistados podría resumirse que: en primer lugar, existe una falta de advertencia de quienes fueron los grandes beneficiados por el proceso inflacionario de los años '80. Esto es así para la gran mayoría de los entrevistados (todos excepto una). Otra observación es que existe una concepción positiva del gobierno "a pesar de todo". Más allá del drama inflacionario, el gobierno de R. Alfonsín es reivindicado, sobre todo por haber gobernado bajo "amenaza militar". Esta concepción positiva del gobierno se invierte para el caso de la crisis de 2001, respecto de la cual aparece la política en general y la "corrupción" en particular como elemento decisivo; este es un tercer observable. Por último, de esta serie de entrevistas se deduce (en términos generales) que los '90 fueron vividos como un período "de calma antes (y después) de la tormenta". A pesar de los efectos que tendría sobre el desarrollo del país, la gestión de C. Menem aparece como un momento de vuelta a la normalidad en tanto elimina la inflación. "Con el tiempo entendí que no todo era color de rosa, pero en ese momento se lograba cierta paz y certidumbre en todos los sentidos" (Mujer, 71 años).

**3 - Reflexiones Finales**

La inflación, en el mundo en general y en Argentina en particular, se presenta no sólo como un problema económico, sino también como un problema en el día a día de las personas. Es por esto que para analizarla -desde la sociología-, no alcanzará con dar cuenta de sus causas en un sentido estrictamente económico, sino que se vuelve indispensable observar

su impacto en las vidas / biografías de las personas. La economía es un gran campo en disputa: cada uno de los actores que entran en juego se ve afectado -o no- según su posición. Por eso, consideramos indispensable recuperar la agencia a la hora de hablar de inflación, combinar el fenómeno económico con su impacto -diferenciado- en los actores.

Con esto en mente, en este trabajo se buscó realizar una aproximación a las experiencias de quienes vivieron la época de la hiperinflación del ‘89 y su retorno con la devaluación posterior al estallido del 2001. Al trabajar con testimonios, se pudo dar cuenta no sólo del efecto de la inflación en las conductas y la cotidianeidad sino además de las percepciones, emociones y representaciones de las mismas.

A partir de las entrevistas analizadas se formularon tres apartados. En el primero, se repasó el impacto más inmediato del aumento de los precios y cómo era percibido por las personas, ya sea recorriendo la ciudad, en el almacén o en la organización misma de la vida propia y familiar. Aquí se observa cómo el registro específico del interior de cada hogar se antepone a otros registros (interpersonales, públicos, colectivos), y como la experiencia inflacionaria fue vivida de manera heterogénea por personas de sectores sociales similares: mientras algunas personas conseguían sostener su poder de compra e incluso sacar ventaja de la excepcionalidad, otros debían racionar el alimento de cada día.

En el apartado siguiente se buscó abordar el segundo objetivo específico, centrándonos en las distintas estrategias defensivas que adoptaron las personas entrevistadas ante el drama de los precios, profundizando en las posibles causas que producían la heterogeneidad de las vivencias relatadas. Aquí emerge, por un lado, la posición de ventaja que tienen aquellas personas que pueden definir sus ingresos de manera inmediata (cuentapropistas profesionales y pequeños empresarios) frente a los que no (asalariados); y por otro, la intervención de los distintos vínculos sociales construídos por los sujetos. Aquellos vínculos sociales más cercanos se refuerzan, funcionando como red de apoyo para sostener las situaciones más penosas, mientras que los vínculos mediados por el dinero se erosionan y corrompen por la propia tensión de la dinámica hiperinflacionaria.

En el tercer y último apartado se encontraron diferencias interesantes entre la hiperinflación de 1989 y la crisis de 2001 respecto de la relación entre el proceso económico y la asignación de responsabilidades a los gobiernos correspondientes: mientras que Alfonsín era percibido como una figura impotente para resolver la crisis económica, durante el 2001 la impugnación se realiza a toda la clase política, siendo la degradación de la función pública sucedida en los ‘90 un factor de importancia en la comprensión de ese cambio de óptica. Retomando nuestro tercer objetivo específico de este escrito podría sintetizarse: que respecto de las representaciones y causalidad atribuídas a la inflación se advierte una falta de identificación en las posibles causas de la misma. En línea con el desorden que genera la inflación en la vida de las personas, estas la interpretan en sí misma como un fenómeno

desordenado: no se entiende por qué pasa, cómo se debe hacer para controlarla, quienes pueden controlarla. La inflación más que como proceso económico aparece como un drama, del cual más que las causas se retienen las consecuencias, sobre todo las personales. Aquí cabe volver a insistir con el hecho de la falta de reconocimiento de actores económicos (y sectores beneficiados). Respecto del último de los objetivos específicos, analizar la relación entre el trauma inflacionario y las implementaciones político-económicas de los '90, se advierte cierta valoración positiva del período de la convertibilidad a pesar de los efectos que tuvo luego en el desarrollo del país, valoración que responde a que fue en ese período en que la corrida contra los precios dejó de ser un problema. La previsibilidad, el poder de planificación, la capacidad de ahorro son elementos centrales a la hora de interpretar los ´90 y la serie de transformaciones que durante esos años se implementaron. Esto último resulta un problema de investigación en sí mismo, que excede ya a los objetivos de esta ponencia, pero que dispara interrogantes para próximos trabajos.

Referencias Bibliográficas


- Aronskind, R. (2007): "Riesgo país", Buenos Aires, Ed. Claves para Todos (Selección).
- Basualdo, E., (1999): *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política*, Edición UNQ-Flacso-Página 12. Buenos Aires.
- Flick, U. (2007). Introducción a la Investigación Cualitativa. Madrid: Morata.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research. New York: Aldine Publishing Company.
- Granovetter, M. (1973). "La fuerza de los vínculos débiles", en American Journal of Sociology; vol 78, nº 6. (pp. 1360 - 1380).
- Llach, J. J. (1988). "La megainflación argentina: un enfoque institucional" en "El impacto de la inflación en la sociedad y la política." Compiladores Botana Natalio y Waldmann Peter, EDITORIAL TESIS S.A. Junín 733 - P.B. - (1026) Buenos Aires - República Argentina
- Lo Vuolo, R. (2001): Alternativas. La economía como cuestión social. Editorial Altamira, Buenos Aires.
- Ortiz, R. y Schorr, M. (2006); "La economía política del gobierno de Alfonsín: creciente subordinación al poder económico durante la «década perdida»", en Pucciarelli, A. (coord.): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Schvarzer, J (1998): Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000, AZ Editora, Buenos Aires.

- Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.). (2006). Estrategias de Investigación Cualitativa. Barcelona: Gedisa.